

DIOS, EL QUE TODO LO VE

Volumen 1 – Sermón No. 177

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO
14 DE FEBRERO DE 1858,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN THE MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS.**

***“El Seol y el Abadón están delante de Jehová; ¡Cuánto más los corazones de los hombres!”
Lucas 15:20***

Ustedes a menudo se han sonreído ante la ignorancia de los paganos que se inclinan ante dioses de madera y piedra. Ustedes han citado las palabras de la Escritura y han dicho: “Ojos tienen, pero no ven; oídos tienen, pero no oyen.” Por lo tanto, han argumentado que no podían ser dioses en absoluto, porque no pueden ver ni oír, y han sonreído con desdén a los hombres que podían degradar tanto su entendimiento como para hacer de tales cosas, objetos de adoración. ¿Puedo hacerle una pregunta, sólo una? Tu Dios puede ver y oír. ¿Sería diferente tu conducta en algún aspecto si tuvieras un dios como los que adoran los paganos?

Supongamos por un minuto que Jehová, quien es nominalmente adorado en esta tierra, pudiera ser (aunque es casi una blasfemia suponerlo) herido con tal ceguera que no pudiera ver las obras y conocer los pensamientos del hombre. ¿Entonces te volverías más descuidado con respecto a Él de lo que eres ahora? Yo creo que no. En nueve casos de cada diez y quizás en una proporción mucho mayor y más triste, la doctrina de la Omnisciencia Divina, aunque se recibe y se cree, no tiene ningún efecto práctico en nuestras vidas.

La masa de la humanidad se olvida de Dios; naciones enteras que conocen Su existencia y creen que Él las contempla, viven como si no tuvieran Dios en absoluto. Comerciantes, agricultores, hombres en sus tiendas y en sus campos, esposos en sus familias y esposas en medio de sus hogares, viven como si no hubiera Dios. Ningún ojo que los inspeccione, ningún oído que escuche la voz de sus labios y ninguna mente eterna atesorando siempre el recuerdo de sus actos. Ah, somos ateos prácticos, la mayoría de nosotros. Sí, todos menos aquellos que han nacido de nuevo y han pasado de la muerte a la vida. Sean cuales sean sus credos, son ateos, después de todo, en vida; porque si no hubiera Dios, ni más allá, las multitudes de hombres nunca se verían afectadas por el cambio, vivirían igual que ahora, sus vidas están tan llenas de desprecio por Dios y Sus caminos.

Permítanme, entonces, esta mañana, con la ayuda de Dios, agitar sus corazones. Y que Dios conceda que algo de lo que diga pueda sacar de ti algo de tu ateísmo práctico. Me esforzaré por presentarles a Dios, el que todo lo ve, y presionar para tu solemne consideración el tremendo hecho de que, en todos nuestros actos, en todos nuestros caminos y en todos nuestros pensamientos, estamos continuamente bajo Su mirada observadora. Tenemos en nuestro texto, en primer lugar, un gran hecho declarado: "El infierno y la destrucción están delante del Señor". Tenemos, en segundo lugar, un gran hecho inferido: "¿Cuánto más, pues, los corazones de los hombres?"

1. Comenzaremos con EL GRAN HECHO QUE SE DECLARA, un hecho que nos proporciona premisas de las cuales deducimos la conclusión práctica de la segunda oración: "¿Cuánto más, pues, los corazones de los hombres?" La mejor interpretación que puede dar de esas dos palabras, "Infierno" y "destrucción", creo que se comprende en una oración como esta: "La muerte y el infierno están delante del Señor". El estado separado de los espíritus que partieron y la destrucción, Abadón, como dice el hebreo, el lugar de tormento, son ambos, aunque solemnemente misteriosos para nosotros, lo suficientemente manifiestos para Dios.

Primero, entonces, la palabra traducida aquí como "infierno", bien podría traducirse como "muerte", o el estado de los espíritus que han partido. Ahora, la muerte, con todas sus solemnes consecuencias, es visible ante el Señor. Entre nosotros y el más allá de los espíritus que han partido se cierne una gran nube negra. Aquí y allá, el Espíritu Santo ha hecho grietas, por así decirlo, en la pared negra de separación a través de las cuales podemos ver por la fe, porque Él nos ha "revelado por el Espíritu" las cosas que "ojo no vio, ni oído oyó", y que el intelecto humano nunca podría comprender. Sin embargo, lo que sabemos es muy poco. Cuando los hombres mueren, pasan más allá del ámbito de nuestro conocimiento; tanto en cuerpo como en alma, van más allá de nuestro entendimiento, pero Dios entiende todos los secretos de la muerte. Dividámoslos en varios puntos y enumerémoslos.

Dios conoce los lugares de sepultura de todo Su pueblo. Señala tanto el lugar de descanso del hombre que está enterrado sin tumba y solo, como el hombre sobre el que se ha levantado un poderoso mausoleo. Vio al viajero que cayó en el desierto árido, cuyo cuerpo fue presa del buitre y cuyos huesos fueron blanqueados por el sol. Vio al marinero, que naufragó en alta mar y sobre cuyo cadáver nunca se lamentó ningún canto fúnebre, excepto el aullido de los vientos y el murmullo de las olas salvajes. Vio a los miles que han perecido en la batalla, innumerables y desapercibidos, los muchos que han muerto solos en medio de bosques lúgubres, mares helados y tormentas de nieve devoradoras, todos estos y los lugares de su sepulcro son conocidos por Dios.

Esa gruta silenciosa dentro del mar, donde las perlas yacen en lo profundo, donde ahora duerme el náufrago. Ese lugar en la ladera de la montaña, el profundo barranco en el que cayó el viajero y fue enterrado en un ventisquero está marcado en la memoria de Dios como la tumba de uno de la raza humana. Ningún cuerpo humano, sin importar cómo haya sido enterrado o no, ha pasado más allá del alcance del conocimiento de Dios. Bendito sea Su nombre, si muero y he de yacer donde los rudos antepasados de la aldea durmieron, en algún rincón abandonado del cementerio, seré tan conocido y resucitaré tan bien reconocido por mi glorioso Padre como si estuviera enterrado en la catedral, donde los bosques de pilares góticos se yerguen con orgullo y donde las canciones de miríadas saludan perpetuamente al alto Cielo.

Me conocerán tan bien, como si me hubieran enterrado allí con solemne pompa, y me hubieran enterrado con música y con aterradoras solemnidades, y seré reconocido tan bien como si el trofeo de mármol y el famoso pilar hubieran sido levantados en mi memoria. Porque Dios no conoce tal cosa como el olvido de los lugares de sepultura de Sus hijos. Moisés duerme en algún lugar que ojo no ha visto. Dios bendijo su alma y lo enterró donde Israel nunca podría encontrarlo, aunque lo hayan buscado; pero Dios sabe dónde duerme Moisés y si Él sabe eso, Él conoce dónde están escondidos todos Sus hijos.

No puedes decirme dónde está la tumba de Adán, no puedes señalarme el lugar donde duerme Abel. ¿Puede algún hombre descubrir la tumba de Matusalén y aquellos moradores de larga vida en el tiempo antes del Diluvio? ¿Quién dirá dónde duerme ahora en fe el entrañable cuerpo de José? ¿Puede alguno de ustedes descubrir las tumbas de los reyes y señalar el lugar exacto donde descansan David y Salomón en solitaria grandeza? No, esas cosas han pasado de la memoria humana, y no sabemos dónde están enterrados los grandes y poderosos del pasado, pero Dios lo sabe, porque la muerte y el Hades están abiertos ante el Señor.

Y nuevamente, Él no solo conoce el lugar donde fueron sepultados, sino que conoce la historia de todos sus cuerpos después de la sepultura o después de la muerte. El incrédulo ha preguntado a menudo: "¿Cómo puede restaurarse el cuerpo del hombre, cuando puede haber sido comido por el caníbal o devorado por las fieras?" Nuestra simple respuesta es que Dios puede rastrear cada átomo de ella si así lo desea. No creemos que sea necesario para la resurrección que lo haga, pero si así lo quisiera, podría traer cada átomo de cada cuerpo que alguna vez ha muerto: aunque haya pasado por la más complicada maquinaria de la naturaleza, y se haya enredado en su paso con plantas y bestias, sí, y con los cuerpos de otros hombres, Dios todavía tiene dentro del alcance de Su conocimiento el saber dónde está cada átomo, y está dentro del poder de su Omnipotencia llamar a cada átomo de su deambular, y restaurarlo a su propia esfera, y reconstruir el cuerpo del cual era un parte.

Es cierto, no pudimos rastrear el polvo que hace mucho tiempo se ha moldeado. Enterrado con el más exacto cuidado, conservado con la más escrupulosa reverencia, pasaron los años y el cuerpo del monarca, que había dormido mucho tiempo bien guardado y protegido, fue alcanzado por fin por la mano negligente. El ataúd se había desmoronado y el metal estaba roto por su propio valor. Se descubrió un puñado de polvo, las últimas reliquias de quien fue señor de muchas naciones. Ese polvo por mano sacrílega fue arrojado en el pasillo de la iglesia, o tirado en el cementerio y llevado por los vientos al campo vecino. Era imposible conservarlo para siempre. El mayor cuidado fue derrotado. Y por fin el monarca estaba al mismo nivel que su esclavo, "igualmente desconocido y olvidado".

Pero Dios sabe adónde ha ido cada partícula del puñado de polvo. Él ha marcado en Su libro el deambular de cada uno de sus átomos. Él tiene la muerte tan abierta ante Su vista que Él puede juntarlos a todos, hueso con hueso y vestirlos con la misma carne que los vistió en los días de antaño y hacerlos vivir de nuevo. La muerte está abierta ante el Señor. Y como el cuerpo, así el alma separada del cuerpo está ante el Señor. Miramos el semblante de nuestro amigo moribundo y, de repente, un cambio misterioso pasa por su cuerpo. "Su alma ha partido", decimos. Pero, ¿tenemos alguna idea de lo que es su alma?

¿Podemos siquiera formarnos una conjetura de lo que puede ser el vuelo de esa alma y cuál es la augusta presencia a la que es conducida cuando se desenreda de su envoltura terrenal? ¿Es posible que adivinemos cuál es ese estado en que los espíritus sin cuerpo, perpetuamente benditos, contemplan a su Dios? ¿Es posible para nosotros albergar alguna imaginación de lo que será el Cielo, cuando los cuerpos y las almas se reúnan, ante el Trono de Dios para disfrutar de la mayor bienaventuranza? Pienso que nuestras concepciones son tan burdas mientras estamos en nuestros cuerpos, que es casi, si no del todo, imposible para cualquiera de nosotros formarnos una idea cualquiera en cuanto a la posición de las almas, mientras estamos en el estado incorpóreo, entre la hora de la muerte y la hora de la resurrección.

***"Esto es mucho y lo es todo, lo sabemos,
Ellos son supremamente bendecidos;
Terminan con el pecado, la preocupación y la aflicción,
Y descansan con su Salvador".***

Pero el mejor de los santos no puede decirnos nada más que esto. Ellos son benditos y en el Paraíso están reinando con su Señor. Hermanos, estas cosas son conocidas por Dios. El estado separado de los muertos, el Cielo de los espíritus incorpóreos, está dentro de la mirada del Altísimo.

Y en esta hora, si Él quisiera, podría revelarnos la condición de cada hombre que está muerto, ya sea que haya subido a los campos Elíseos, para morar para siempre a la luz del sol en el rostro de su Maestro, o que haya sido sumergido en el Infierno, arrastrado por cadenas de hierro, para esperar con triste pena el resultado del terrible juicio, cuando "Apartaos, malditos", sea la reafirmación de una sentencia una vez pronunciada y ya en parte soportada.

La siguiente palabra, "destrucción", significa Infierno, o el lugar de los condenados. Eso también está abierto ante el Señor. Dónde está el Infierno y cuáles son sus miserias, no lo sabemos excepto "a través de un espejo oscuro". Nunca hemos visto las cosas invisibles del horror, esa tierra del terror es una tierra desconocida. Tenemos muchas razones para agradecer a Dios que lo haya puesto tan lejos de las habitaciones de los mortales vivientes que los dolores, los gemidos, los alaridos, los gritos no se escuchan aquí, o de lo contrario la tierra misma se habría convertido en un Infierno el preludio solemne y la actualidad del tormento indecible.

Dios ha puesto en algún lugar, lejos en el borde de Sus dominios, un lago temible que arde con fuego y azufre. En él arrojó a los ángeles rebeldes, quienes (aunque por una licencia ahora se les permite andar por la tierra) llevan un infierno en su seno. Pronto serán atados con cadenas, reservados en tinieblas y oscuridad para siempre para aquellos que no guardaron su primer estado, sino que levantaron el brazo de su rebelión contra Dios. En ese lugar no nos atrevemos a mirar. Quizás no sería posible para ningún hombre tener una idea clara de los tormentos de los perdidos, sin volverse loco de inmediato. La razón se estremecería ante semejante espectáculo de horror.

Un momento de escuchar los estridentes gritos de los espíritus torturados podría llevarnos para siempre a las profundidades de la desesperación y hacernos aptos para estar atados con cadenas mientras viviéramos en la tierra. Seguramente nos convertiríamos en locos delirantes. Pero, aunque Dios misericordiosamente nos ha ocultado todas estas cosas, todas ellas son conocidas por Él, Él los mira. Sí, es Su mirada la que hace del Infierno lo que es. Sus ojos, llenos de furor, destellan el relámpago que hiere a Sus enemigos. Sus labios, llenos de espantosos truenos, traen los truenos que ahora espantan a los malvados. ¡Oh, si pudieran escapar de la mirada de Dios, si pudieran aislarse de esa lúgubre visión del rostro de la indignada Majestad del Cielo, entonces podría apagarse el Infierno, entonces podrían detenerse las ruedas de Ixión!

Entonces el condenado Tántalo podría saciar su sed y comer hasta saciarse. Pero allí, mientras yacen en sus cadenas, miran hacia arriba y ven siempre esa temible visión del Altísimo. Las manos espantosas que agarran los rayos, los labios espantosos que pronuncian los truenos, y los ojos espantosos que destellan las llamas que queman sus almas con horrores más profundos que la desesperación.

Sí, el Infierno, por horrible que sea y velado por muchas nubes y cubierto de tinieblas, está desnudo ante la visión del Altísimo.

Se declara el gran hecho: "El infierno y la destrucción están delante del Señor". Después de esto, la inferencia parece ser fácil: "¿Cuánto más, pues, el corazón de los hombres?"

2. Llegamos ahora al GRAN HECHO INFERIDO. Al entrar brevemente en esta segunda parte, discutiré el tema de la siguiente manera, notarán allí un argumento: "¿Cuánto más, pues, el corazón de los hombres?" Por lo tanto, comenzaré preguntando, ¿por qué se deduce que los corazones de los hombres son vistos por Dios? Por qué, cómo, qué, cuándo, serán cuatro preguntas.

¿Por qué es tan claro que "si el infierno y la destrucción están abiertos ante el Señor", los corazones de los hombres deben ser vistos muy claramente por Él? Respondemos, porque los corazones de los hombres no son tan extensos como los reinos de la muerte y el tormento. ¿Qué es el corazón del hombre? ¿Qué es el yo del hombre? ¿No se le compara en las Escrituras con un saltamontes? ¿No declara Dios que Él "toma las islas", islas enteras llenas de hombres, "como cosa muy pequeña? ¿Y las naciones ante Él son como la gota de agua que cae de un cubo?" Si, entonces, el ojo de Dios, que todo lo ve, abarca en una sola mirada las amplias regiones de la muerte, y son tan amplias, lo suficientemente amplias como para asustar a cualquier hombre que intente atravesarlas, si, digo, con una sola mirada, Dios ve la muerte y ve a través del Infierno, con todas sus profundidades sin fondo, con toda su inmensidad de miseria, seguramente, entonces, es muy capaz de contemplar todas las acciones de esa pequeña cosa llamada corazón del hombre.

Supongamos que un hombre tan sabio como para poder conocer las necesidades de una nación, y recordar los sentimientos de miríadas de hombres, no puede suponer que le resulte difícil conocer las acciones de su propia familia, y comprender las emociones de su propia casa. Si el hombre es capaz de extender su brazo sobre un gran terreno y decir: "Soy monarca de todo esto", seguramente podrá controlar menos. El que en su sabiduría puede caminar a través de los siglos, no dirá que ignora la historia de un año. El que puede sumergirse en las profundidades de la ciencia, y comprender la historia del mundo entero desde su creación, no debe alarmarse por algún pequeño enigma que sucede en su propia puerta. No, el Dios que ve la muerte y el Infierno ve nuestros corazones, porque son mucho menos extensos.

Reflexione de nuevo, que también son mucho menos mayores. La muerte es un monarca antiguo. Es el único rey cuya dinastía se mantiene firme. Desde los días de Adán nunca ha sido sucedido por otro y nunca ha tenido una interrupción en su reinado. Su cetro de ébano negro ha arrasado generación tras generación. Su guadaña ha segado los hermosos campos de esta tierra cien veces y está afilada para segarnos.

Y cuando otra cosecha nos suceda, todavía está listo para devorar a las multitudes y limpiar la tierra nuevamente. Las regiones de la muerte son dominios antiguos, sus pilares de granito negro son antiguos como las colinas eternas.

Él es nuestro antiguo monarca, pero a pesar de lo antiguo que es, toda su monarquía está en los registros de Dios y hasta que la muerte misma esté acabada y absorbida en victoria, la muerte estará abierta ante el Señor. ¡Qué viejo es también el Infierno!, viejo como el primer pecado. En aquel día en que Satanás tentó a los ángeles y extravió la tercera parte de las estrellas del Cielo, entonces se cavó el Infierno. Así pues, ese pozo sin fondo fue excavado por primera vez en las sólidas rocas de la venganza, para que pudiera quedar como un maravilloso registro de lo que la ira de Dios puede hacer. Los fuegos del Infierno no son la leña del ayer. Son llamas antiguas que ardían mucho antes de que el Vesubio arrojara su espeluznante llama, mucho antes de que las primeras cenizas carbonizadas cayeran sobre la llanura desde los volcanes rojos de la tierra, las llamas del infierno ardían. Porque "Tofet está preparado desde la antigüedad, cuya pira es de fuego, y mucha leña; el soplo de Jehová, como torrente de azufre, lo enciende".

Si, pues, las cosas antiguas, estas cosas antiguas, la muerte y el Infierno, han sido observadas por Dios y si su historia total le es conocida, ¿cuánto más entonces conocerá la historia de esa mera criatura, ese efímero de una hora, que llamamos hombre? Usted está aquí hoy y se ha ido mañana. Nacido ayer, la próxima hora verá nuestra tumba preparada y otro minuto escuchará, "cenizas a las cenizas, polvo al polvo", y caerá el terrón sobre la tapa del ataúd. Somos las criaturas de un día y no sabemos nada, apenas estamos aquí. Solo estamos vivos y muertos. "¡Desaparecido!" es la mayor parte de nuestra historia. Apenas tenemos tiempo suficiente para contar la historia, antes de que llegue a su fin. Seguramente, entonces, Dios puede comprender fácilmente la historia de un hombre, cuando Él conoce la historia de las monarquías de la muerte y del Infierno.

Este es el por qué. No necesito dar más argumentos, aunque hay abundancia deducible del texto. "¿Cuánto más, pues, el corazón de los hombres?"

Pero ahora, ¿cómo conoce Dios el corazón? Quiero decir, ¿hasta qué grado y hasta qué punto entiende y conoce lo que hay en los hombres? Respondo, la Sagrada Escritura en muchos lugares nos da la información más precisa. Dios conoce tan bien el corazón que se dice que lo "escudriña". Todos entendemos la figura de una búsqueda. Hay una orden de allanamiento contra un hombre que supuestamente esconde a un traidor en su casa. El oficial entra en la habitación de abajo, abre la puerta de todos los armarios, mira en todos los armarios, mira en todos los rincones. Toma la llave, baja al sótano, voltea las brasas, remueve la leña, para que nadie se esconda allí.

Sube las escaleras: Hay una habitación vieja que no se ha abierto en años, está abierta. Hay un cofre enorme: se fuerza la cerradura y se abre, se busca hasta el último piso de la casa, no sea que sobre las pizarras o sobre las tejas se oculte alguien. Por fin, cuando la búsqueda se ha completado, el oficial dice: "Es imposible que haya alguien aquí, porque desde las tejas hasta los cimientos, he registrado la casa minuciosamente. Conozco muy bien a las arañas, pues he visto la casa por completo". Ahora, esta es la forma como Dios conoce nuestro corazón. Lo busca, busca en cada rincón, esquina, grieta y parte secreta. Y la figura del Señor presiona aún más. "La lámpara del Señor", se nos dice, "escudriña las partes secretas del vientre". Como cuando deseamos encontrar algo, tomamos una lámpara, miramos el suelo con gran cuidado y levantamos el polvo.

Si es alguna pequeña moneda lo que deseamos encontrar, tomamos una lámpara y rastreamos la casa, y buscamos diligentemente hasta encontrarla. Así es con Dios, busca en Jerusalén con lámparas y saca todo a la luz del día. No una búsqueda parcial, como la de Labán, cuando entró en la tienda de Raquel para buscar a sus ídolos, la cual los puso en una albarda de un camello, y se sentó sobre ellos; sino que Dios mira en el mueble del camello y todo. "¿Puede alguno esconderse en lugares secretos, que yo no lo vea? dice el Señor". Su ojo escudriña el corazón y mira en cada parte de él.

En otro pasaje se nos dice que Dios prueba el ser más íntimo. Eso es incluso más que buscar. El orfebre cuando toma oro lo mira y lo examina cuidadosamente, "Ah", dice él, "pero todavía no conozco este oro, debo probarlo", lo mete en el horno. Allí se amontonan carbones sobre él y se funde y se derrite hasta que él sabe lo que hay de escoria y lo que hay de oro. Ahora bien, Dios sabe hasta el último quilate de oro puro que hay en nosotros y cuánto de escoria, no hay manera de engañarlo. Ha puesto nuestros corazones en el horno de su Omnisciencia. El horno, Su conocimiento, nos prueba tan completamente como el crisol del orfebre prueba el oro, cuánto hay de hipocresía, cuánto de verdad, cuánto de falso, cuánto de real, cuánto de ignorancia, cuánto de conocimiento, cuánto de devoción, cuánto de blasfemia, cuánto de cuidado, cuánto de descuido.

Dios conoce los elementos del corazón. Reduce el alma a sus metales prístinos. Lo divide en dos: tanto de cuarzo, tanto de oro, tanto de estiércol, de escoria, de madera, de heno, de hojarasca; tanto de oro, plata y piedras preciosas. "El Señor prueba los corazones y escudriña la mente de los hijos de los hombres".

Aquí hay otra descripción del conocimiento de Dios del corazón. En un lugar de las Sagradas Escrituras (será bueno que anime a sus hijos a encontrar estos pasajes en casa) se dice que Dios pondera el corazón. Ahora, ya sabes, la palabra latina ponderar significa pesar. El Señor pesa el corazón.

El viejo maestro Quarles tiene una imagen de un grande poniendo un corazón en una balanza y luego poniendo la Ley, la Biblia, en la otra balanza, para pesarla. Esto es lo que Dios hace con el corazón de los hombres. A menudo son grandes cosas, engréidas, explosivas y la gente dice: "¡Qué hombre de gran corazón es ese!"

Pero Dios no juzga por la apariencia del gran corazón de un hombre, ni por la apariencia exterior de un buen corazón, sino que Él lo pone en la balanza y lo pesa, pone Su propia Palabra en una balanza y el corazón en la otra, Él sabe el peso exacto. Él sabe si tenemos gracia en el corazón, que nos hace pesar bien, o sólo presencia en el corazón, que nos hace pesar poco en la balanza. Busca en el corazón de todas las formas posibles, lo pone en el fuego y luego lo mete en la balanza. Oh, ¿no podría Dios decir de muchos de ustedes: "He examinado vuestro corazón y he hallado vanidad en él"? Plata reprobada te llamarán los hombres, porque Dios os ha puesto en el horno y os ha desechado. Y luego Él podría concluir Su veredicto diciendo: "Mene, mene, tekel: sois pesados en la balanza y hallados faltos". Esta es, entonces, la respuesta a la pregunta: ¿cómo?

La siguiente pregunta fue: ¿qué? ¿Qué es lo que Dios ve en el corazón del hombre? Dios ve en el corazón del hombre mucho más de lo que pensamos. Dios ve y ha visto en nuestros corazones la lujuria y la blasfemia y el asesinato y el adulterio y la malicia y la ira y toda falta de caridad. El corazón nunca se puede pintar demasiado negro a menos que lo pintes con algo más negro que el mismo diablo. Es tan básico como puede ser. Nunca has cometido un asesinato, pero has tenido un asesinato en tu corazón. Puede que nunca te hayas manchado las manos con lujuria y difamaciones de inmundicia, pero aun así está en el corazón. ¿Nunca has imaginado algo malo?

¿Tu alma nunca ha disfrutado ni por un momento de un placer, siendo demasiado casto para permitirte, pero que por un momento contemplaste con al menos un poco de complacencia y deleite? ¿No ha imaginado a menudo, incluso el monje solitario en su celda, un vicio mayor que el que los hombres en la vida pública jamás hayan soñado? ¿Y ni siquiera el adivino en su aposento puede ser consciente de que las blasfemias y los asesinatos y las lujurias de la clase más vil, pueden encontrar un puerto listo incluso en el corazón que espera esté dedicado a Dios? ¡Oh, amado, es un espectáculo que ningún ojo humano podría soportar! La vista de un corazón realmente desnudo ante la propia inspección de uno nos sobresaltaría casi hasta la locura, pero Dios ve el corazón en toda su sensualidad bestial, en todos sus vagabundeos y rebeliones, en toda su magnanimidad y orgullo. Dios ha buscado y lo conoce todo junto.

Dios ve todas las imaginaciones del corazón y lo que son, no nos atrevamos a contarlos. ¡Oh hijos de Dios, estos os han hecho llorar y gemir muchas veces! Y aunque el mundano no gime por ellos, Él sí lo ha hecho. ¡Oh, qué sucia pocilga de imaginaciones estigias es el corazón! Todo lleno de todo lo que es horrible, una vez que comienza a bailar y hacer carnaval y jolgorio acerca del pecado, pero Dios ve las imaginaciones del corazón.

Una vez más, Dios ve los propósitos del corazón. Tú tal vez, oh pecador, has decidido maldecir a Dios, no lo has hecho, pero tienes la intención de hacerlo. Él conoce tus propósitos, los dirige a todos. Quizá no se te permita caer en el exceso de descontrol al que te propones caer, pero tu propio propósito ahora está pasando por la inspección del Altísimo. Nunca hay un diseño forjado en los fuegos del corazón, antes de que sea golpeado en el yunque de la resolución, que no sea conocido, visto y notado por Jehová nuestro Dios.

El conoce, a continuación, las resoluciones del corazón. Él sabe, oh pecador, ¿cuántas veces has resuelto arrepentirte y has resuelto y vuelto a resolver y luego has continuado igual? Él sabe, oh vosotros que habéis estado enfermos, cómo resolvisteis buscar a Dios, pero cómo despreciasteis vuestra propia resolución cuando la buena salud os había puesto más allá del peligro temporal. Tus resoluciones han sido archivadas en el Cielo, y tus promesas rotas, y tus votos despreciados. Todos serán presentados en su orden como testigos rápidos para vuestra condenación. Todas estas cosas son conocidas de Dios.

Muchas veces hemos tenido pruebas muy claras de que Dios sabe lo que hay en el corazón del hombre, incluso en el ministerio. Hace algunos meses, mientras estaba parado aquí predicando, señalé deliberadamente a un hombre en medio de la multitud y dije estas palabras: "Hay un hombre sentado allí que es zapatero. Mantiene su tienda abierta los domingos. Abrió su tienda el pasado día de reposo por la mañana, tomó nueve peniques y obtuvo cuatro peniques de ganancia, su alma es vendida a Satanás por cuatro peniques". Un misionero de la ciudad, al recorrer el extremo oeste de la ciudad, se encontró con un hombre pobre a quien le hizo esta pregunta: "¿Conoce al Sr. Spurgeon?" Lo encontró leyendo un sermón. "Sí", dijo, "tengo todas las razones para conocerlo. He ido a escucharlo y bajo la gracia de Dios me he convertido en un hombre nuevo, pero", dijo él, "¿debo decirles cómo fue? Fui al Music Hall y tomé mi asiento en el medio del lugar y el hombre me miró como si me conociera, y deliberadamente le dije a la congregación que yo era Zapatero, y que vendí zapatos un domingo. Y lo hice, señor. Pero, señor, eso no debería haberme importado, sin embargo, él dijo que tomé nueve peniques el domingo anterior, y que había cuatro peniques de ganancia; y efectivamente tomé nueve peniques, y cuatro peniques fueron solo la ganancia, y estoy seguro de que no puedo decir cómo podría saberlo. Me di cuenta de que era Dios quien había hablado a mi alma por medio de él; y cerré mi tienda el domingo pasado, y tenía miedo de abrirla e ir allí, no fuera a ser que él me expusiera de nuevo".

Podría contar hasta una docena de historias auténticas de casos que han ocurrido en este Salón, en los que he señalado deliberadamente a alguien, sin el más mínimo conocimiento de la persona, o sin tener el más mínimo indicio o idea de que en lo que dije tenía razón, excepto que yo creía que el Espíritu me movía a ello. Y tan llamativa ha sido la descripción que las personas se han ido y han dicho: "Venid, ved a un hombre que me ha dicho todas las cosas que he hecho. Fue enviado de Dios a mi alma, sin duda, o de lo contrario no podría haber pintado mi caso tan claramente".

Y no sólo eso, sino que hemos conocido casos en que los pensamientos de los hombres han sido revelados desde el púlpito. A veces he visto a personas empujar con el codo porque fueron impactados repentinamente. Y los he oído decir, cuando salían: "Eso es justo lo que te dije cuando entré por la puerta". "¡Ah!" dice el otro, "Estaba pensando en lo mismo que dijo y me lo dijo". Ahora bien, si Dios prueba así su propia Omnisciencia ayudando a su pobre e ignorante siervo a declarar la cosa misma, pensada y hecha, cuando él no lo sabía, entonces debe quedar decisivamente probado que Dios sí sabe todo lo que es secreto, porque vemos que se lo dice a los hombres y les permite decírselo a otros.

Oh, puedes esforzarte tanto como puedas para esconder tus faltas de Dios, pero sin duda Él te descubrirá. Él te descubre este día. Su Palabra es "un discernidor de los pensamientos y las intenciones del corazón" y "penetra hasta partir las coyunturas y los tuétanos". Y en ese último día, cuando el Libro sea abierto y Él le dé a cada hombre su sentencia, entonces se verá cuán exacto, cuán cuidadoso, cuán precioso, cuán personal fue el conocimiento de Dios del corazón de cada hombre que Él había hecho.

Y, ahora, la última pregunta: ¿cuándo? ¿Cuándo nos ve Dios? La respuesta es, Él nos ve en todas partes y en todos los lugares. ¡Oh Hombre necio, que piensas esconderte del Altísimo! Es de noche, ningún ojo humano te ve, el telón está corrido y tú estás escondido. Allí están Sus ojos mirándote a través de la penumbra. Es un país lejano; nadie te conoce; los padres y los amigos se han quedado atrás, las ataduras se han deshecho, hay un Padre cerca de ti, que te mira incluso ahora. Es un lugar solitario y si el acto está hecho, ninguna lengua lo contará.

Hay una lengua en el Cielo que lo dirá; sí, la viga del muro y las piedras en el campo se levantarán como testigos contra ti. ¿Puedes esconderte en algún lugar donde Dios no te detecte? ¿No es todo este mundo como una colmena de cristal en la que ponemos nuestras abejas? ¿Y Dios no se detiene y ve todos nuestros movimientos cuando pensamos que estamos escondidos? Ah, no es más que un escondite de cristal. Mira desde el Cielo y a través de muros de piedra y rocas. Sí, hasta el mismo centro, Su ojo penetra y en la oscuridad más densa Él contempla nuestras obras.

Vamos, pues, déjame hacer una aplicación personal del asunto y habré terminado. Si esto es cierto, hipócrita, ¡qué tonto eres! Si Dios puede leer el corazón, oh hombre, ¡qué lamentable debe ser tu bella pretensión! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Qué cambio vendrá sobre algunos de ustedes! Este mundo es una mascarada y ustedes, muchos de ustedes, usan la máscara de la religión. Bailáis vuestras horas vertiginosas y los hombres os creen los santos de Dios. ¡Cuán cambiados seréis, cuando, a las puertas de la eternidad, debáis bajar la visera y debáis renunciar a la teatralidad en la que vivís! ¡Cómo te sonrojarás cuando te laven la pintura de la mejilla, cuando estés frente a Dios desnudo para tu propia vergüenza, un hipócrita, sucio, enfermo, cubierto antes con las baratijas y el engaño de la pretendida formalidad en la religión, pero ahora de pie allí, bajo, vil y horrible! Hay muchos hombres que llevan consigo un cáncer que enfermaría de ver. ¡Oh, cómo se verán los hipócritas, cuando sus corazones cancerosos queden al descubierto!

¡Díacono! ¡Cómo temblarás cuando tu viejo corazón sea desgarrado y tus viles pretensiones se desbaraten! ¡Ministro! ¡Qué negro te verás cuando te quites la sobrepelliz y cuando tus grandes pretensiones sean echadas a perder! ¡Cómo temblarás! ¡Entonces no habrá sermones a otros! A ti mismo se te predicará y el sermón será de ese texto: "Apártate, maldito". Oh hermanos, sobre todas las cosas evitad la hipocresía. Si quieres condenarte, decídetelo y queda en condena, como los hombres honestos. Pero no, les suplico, pretendan ir al Cielo mientras todo el tiempo van al Infierno. Si queréis hacer vuestras moradas en tormento para siempre, servid al diablo y no os avergoncéis de él. Destaca y deja que el mundo sepa lo que eres, pero, oh, nunca te pongas el manto de la religión. te lo suplico, no aumentes tu miseria eterna siendo un lobo con piel de cordero. Muestra el pie hendido, no lo escondas. Si quieres ir al infierno, dílo. "Si Jehová es Dios, servidle. Si Baal es Dios, servidle". No sirva a Baal y luego pretenda estar sirviendo a Dios.

Otra conclusión práctica. Si Dios ve y sabe todo, ¡cómo debe hacerte temblar esto a ti, que has vivido en el pecado durante muchos años! Conocí a un hombre que una vez se detuvo de un acto de pecado por el hecho de que había un gato en la habitación. No podía soportar que los ojos de esa pobre criatura lo vieran. Oh, quisiera que pudieras llevar contigo el recuerdo de esos ojos que siempre están sobre ti. Jurador, ¡Podrías jurar si pudieras ver el ojo de Dios mirándote! ¡Ladrón! ¡Borracho! ¡Ramera! ¿Podrías permitirte tus pecados si vieras Sus ojos sobre ti?

Oh, me parece que te asustarían y te pedirían que te detuvieras antes de que, a los ojos de Dios, te rebelaras contra Su Ley. Se cuenta una historia de la guerra americana, que uno de los prisioneros tomados por los americanos fue sometido a una tortura del carácter más refinado. Él dice: "Fui puesto en un calabozo angosto. Estaba cómodamente provisto de todo lo que necesitaba, pero había una hendidura redonda en la pared y a través de ella, tanto de día como de noche, un soldado siempre me miraba".

Él dice: "No podía descansar, no podía comer ni beber, ni hacer nada con comodidad, porque siempre estaba ese ojo, un ojo que parecía nunca ser apartado y nunca cerrado, siempre siguiéndome alrededor de ese pequeño recinto. Nunca se le ocultaba nada".

Ahora llévate a casa esa figura. Recuerda que esa es tu posición: estás encerrado por los estrechos muros del tiempo cuando comes y cuando bebes, cuando te levantas y cuando te acuestas en tu cama. Cuando caminas por las calles o cuando te sientas en casa, ese ojo siempre está fijo en ti. Vete a casa ahora y peca contra Dios, si te atreves. ¡Vete a casa ahora y quebranta Sus leyes en Su rostro y desprécialo y tómallo como nada! ¡Apresúrense a su propia destrucción, láncense contra el escudo de Jehová y destrúyanse con Su espada! ¡No! Más bien "conviértete, vuélvete". Vuélvanse, ustedes que han seguido los caminos del pecado, ¡vuélvanse a Cristo y vivan! Y entonces la misma Omnisciencia que ahora es vuestro horror, será vuestro placer. ¡Pecador! Si oras ahora, Él te ve. Si ahora lloras, Él te ve. "Y cuando aún estaba lejos, lo vio su padre, y fue movido a misericordia, y corrió, y se echó sobre su cuello, y le besó". Así será contigo, si ahora te vuelves a Dios y crees en Su Hijo Jesucristo.

EstudiaLaPalabra.org